



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13921

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

CONDICIONES

En la PENINSULA: Un mes, 150 pts.—Tres meses, 450 pts.—ESTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

JUEVES 23 DE ABRIL DE 1908

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Oficina pensadas en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jozas, 31, Faubourg-Montmartre.

NUESTROS FESTEJOS

Bautista Monserrat, el brillante cronista de «El Liberal de Murcia» al tomar nota de los grandes elogios que cuantos cartageneros fueron á Murcia en las pasadas fiestas, dedican á los hermosos festejos allí celebrados, y comparan lo que ocurre en este orden de cosas en la vecina ciudad con relación á la nuestra, se lamenta de la abulica indiferencia con que aquí se asiste á la desaparición total de cuanto constituyó en otras épocas no tan lejanas, motivo de gran animación, de extraordinaria influencia de forasteros, de positiva ganancia para el comercio y la industria, y de prestigio y celebridad para el nombre de Cartagena, al que ha fama y renombre en España, la sorprendente, la incomparable y suntuosa «Velada Marítima», el más fantástico y maravilloso de nuestros festejos de feria.

Hace años que nada se organiza, que en nada se piensa, llegada que es, la época de la que antes fué brillantísima feria; apenas si los pabellones dan alguna señal de vida y animan con sus músicas aquel lugar, único que tiene para su recreo y solaz en los meses calurosos del estío, el buen pueblo de Cartagena.

La buena voluntad del Sr. Sánchez Arias, alcalde accidental en el pasado verano y alcalde accidental actualmente, improvisó á última hora del año anterior, unos pocos y modestos festejos.

¿Ocurrirá otro tanto este año?—pregunta el distinguido compañero Bautista Monserrat, y á continuación añade:

«Para estimular á todos á que así no ocurra, debería servir el reciente ejemplo de Murcia. Y tanto el Ayuntamiento, como los gremios, las sociedades de recreo y las personas adineradas, especialmente el elemento joven, deben aportar su concurso á la realización de esta obra de interés local y de patriotismo. Ahora que se está á tiempo, podría intentarse á go en este sentido, convocando á todos esos elementos y otros que se ocurra, á una reunión preparatoria ó de exploración, que nadie mejor que el alcalde podría iniciar autorizadamente.

No se trata solamente de divertirse, y ya no es poco alegrar un tanto las tristezas de esta vida. Se trata del beneficio innegable que á las poblaciones reporta la celebración de grandes fiestas, del movimiento que se promueve, de las corrientes de fraternidad que se establecen. Afecta ello, así á los intereses morales como á los materiales de los pueblos, y así habrán de comprenderlo cuantos no padezcan la miopía de ver sólo las vanas superficialidades de las cosas, sin penetrar en su entraña.»

Estamos de perfecto acuerdo con cuanto expone el notable periodista y esperamos que el señor Sánchez Arias, interpretando los deseos de todos los cartageneros, que no son otros que los expresados en la hermosa crónica de «El Liberal de Murcia», convoque á la reunión que en ella se pide y de la que indudablemente habrá de salir este año un completo programa de festejos.

Notas alegres

ACTUALIDADES

Por el camino que han emprendido los terroristas de Barcelona, yo creo que no van á ninguna parte.

Eso de que á cada instante, estén ha-

ciendo, explotar bombas en diferentes partes de la ciudad conal, sin más resultado que causar inocentes víctimas, eso no es más que de cobardes.

Si esos chicos del terror quieren hacerse lado, y hasta conseguir alguno que otro apauso como los malos toreros, tienen que adoptar otros medios, pues el sistema de esconderse en las sombras para lanzar sus máquinas infernales, pone bien de manifiesto la maldad de esas fieras humanas.

Así es, que con el uso constante de las bombas más ó menos rellenas de clavos y viejas cerraduras, no consiguen esos individuos más que la maldición general, y tanto nos están acostumbrando á ello, que con el tiempo la explotación de una de esas bombas nos va á causar el mismo efecto que cuando se enciende un fósforo de cartón.

Yo de ellos, saldría cuando hace solo lo mismo que los caracoles, por las calles de Barcelona ó por los montes de Perú, en busca de los enemigos políficos y cara á cara ó cara ó cruz, les daría cuatro pases de pecho, les mojaría la oreja y después de descabejarlos á pulso, les cortaba las orejas y se las arrojaba al público, ó á los grillos.

De este modo demostrarían esos partidarios que eran verdaderos terroristas, si es que no encontraban quien les quitase el resuello como en justicia se merecen.

Abusar de tantas bombas para inundar el pánico, va á resultar como en el torero, contraproducente pues son tantas las bombas que tenemos, que ya no nos llama la atención sus faenas; y luego como á La Cierva le gusta tanto bombardearse nos vamos acostumbrando al bombardeo.

Por eso digo, que los terroristas no van á ninguna parte por el camino que siguen; lo mejor es que den la cara á ver si los conocemos.

¿A qué no lo hacen...?

OTEMA.

PARADOJAS

Mi linda cara

Balzac, que pensó en todo, decía que en Francia se mira tanto el rostro de las mujeres que se llega á olvidar lo restante. Tal vez sea ésta una opinión, en general, aventurada; pero lo indiscutible es que una cara linda es el primer factor del problema del matrimonio. Esto lo saben perfectamente las niñas casaderas.

Y es por esta razón que una de las tales, habiendo sospechado que su novio se mostraba receloso de un ligero vello que apuntaba en sus mejillas, se fué derecha á un célebre doctor para que lo hiciera desaparecer. El doctor afirmó audazmente que los rayos X darían al traste con esta flóra inútil. Y ocurrió lo siguiente: que el vello no desapareció y en cambio le salieron á la niña infeliz unas manchas en la cara, que fué un horror. Y en consecuencia el novio cesó de llevar á su dulce tormento los ramos de flores con que acostumbraba á darle los buenos días.

¿Quién pecó mayormente? El doctor, sin duda alguna. No se deben prometer ciertas curas sin una seguridad absoluta. Pero hay que confesar que el novio no se portó con gran delicadeza.

¿Quién me ama?

—¡Yo!

—¿Hasta la muerte?

—Hasta la muerte!

—¿Hasta si me volviera fea?

—¡Eso no se pregunta!

Tal es el eterno diálogo de todos los amores, viejo como el mismo amor. En él encontramos como en la mayo-

ría de los juramentos humanos un algo de timidez y cierta desconfianza. Jamás sabremos el número de «casi» mientos rotos á causa de una viruela intempestiva. Pero, no se pilla una viruela por gusto y en el caso de la niña referida, fuerza es reconocer que se resignó á sufrir, precisamente para agradar más á su prometido. Para ser más bella quedó desfigurada, y él ingrato, sin tener en cuenta la intención, la pifafía en seco.

La señorita parece que ha pedido una indemnización al doctor que prometió embellecerla y la dejó. Y los tribunales han fallado á su favor. Con lo cual se ha dado por satisfecha. Pues dice la niña muy razonablemente: «Ya que el galán sólo apreciaba en mí mi linda cara, prueba es de que muy poco mi virtud amaba.»

MAX.

La Alameda de San Antón

UN RUEGO AL ALCALDE

Conseguimos el arreglo del paseo de la derecha de la Alameda de San Antonio Abad, en el que se congrega los días festivos numerosa concurrencia que escucha los acordes de las músicas militares, que también conseguimos amenizaran aquel paseo, merced á la exquisita galantería de las superiores autoridades de la plaza y Apostadero.

Lo que no hemos conseguido todavía y lo que realmente es de una necesidad imperiosa, es la colocación de unos bancos que á la vez que sirvan de adorno en aquel sitio, permitan á los paseantes disfrutar de alguna comodidad haciendo dicho paseo más favorecido por el público, que ahora se retrae por la falta de bancos, donde poder descansar.

Esta mejora, pues de tal puede calificarse, la reclama Cartagena entera, que no tiene otro lugar de recreo en esta época que la referida Alameda de San Antón, y nosotros nos atrevemos á rogar al Alcalde accidental, que atienda la petición que le hacemos y ordene la colocación de esos bancos, que no deben faltar en ningún paseo público.

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 252

grises azaron el aire, el esquire vió un rostro sobre su cabeza, lleno de la salvaje bulla de terror apasionado. El latiguito le fué arrebatado de la mano. El caballo se encabritó, se cubrió de su mano, y huyó á campo traviesa.

El látigo surcó su rostro al caer de espaldas, y le hirió de nuevo ya en tierra. Vió al Ángel, radiante de alegría, en el acto de levantar de nuevo el brazo. Gotob se incorporó sobre las manos, trató de resguardar los ojos y rodó por el suelo bajo los despiadados golpes que llovían sobre él.

—¡Bruto!—gritaba el Ángel desahogado allí donde veía carne para herir.—¡Ouch! bestial, llena de orgullo! ¡Tú has ennegrecido el alma de otros hombres! ¡Tú amargas el pan con tus platos y tus caballos! ¡Yo señalaré tu rostro para que te reconozcan! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

Gotob empezó á pedir socorro. Dos veces intentó enderezarse, y dos veces rodó de nuevo arrojado por la lava del Ángel. De pronto un extraño sonido se escapó de su garganta y cesó de agitarse bajo los golpes.

Entonces súbitamente, despertó el Ángel de su sueño, y encontrándose jadeante, tembloroso, un pie sobre la inmóvil forma, bajo la verde quietud del bosque soleado.

Miróle, observó que los cabellos del muerto estaban manchados de sangre.

Para «El Eco de Cartagena»

LOS GUSTOS MÍOS

Ya que repite la gente—y de un modo muy frecuente—de gustos no hay nada escrito,—diré el mío francamente—que el ser franco no es delito.

Tengo yo un gusto especial,—y diré el gusto que gusto,—gusto tan original,—que no me origina mal,—y me gusta por lo justo.

Me gusta que la mujer—nunca olvide su decoro,—que cifre en él su placer,—y le halle de más valer,—que vale del mundo el oro.

Que sea trabajadora—y de mucha reflexión—y en nada murmuradora,—y alabe al Dios de Sión—al ver la luz de la aurora.

Y cuando llegue á jugar—amor con felicidad,—no vaya el oro á buscar,—y solo llegue á prefiar—el talento y la virtud.

Me gusta el padre amoroso—que con afán muy prolijo,—enseña á ser generoso,—trabajador, virtuoso,—y buen patriota á su hijo.

Me gusta el hombre sincero—que al pobre presta dinero—y no le lleva interés,—porque una hejeza es,—ser con el pobre usurero.

Me gusta al que está abatido—y sin razón perseguido—darle con afán la mano,—porque es precepto cristiano—consolar al afligido.

Me gusta sí, que el esposo—no maltrate á su mujer,—porque eso es ignominioso,—y la enseñe caridoso,—á ser prudente y querer.

Me gusta que la verdad—triunfe siempre del error,—la virtud de la impiedad,—la nobleza y el honor—del vicio y la falsedad.

Y me gustara una cosa—entre los gustos más puros—cosa que no es espantosa,—una muchacha preciosa—con veinte ó treinta mil duros.

CAUSAS POR JURADOS

En el próximo cuatrimestre se verán en la sección primera de la Audiencia provincial las siguientes causas procedentes de este Juzgado.

MES DE JUNIO

Día 16.—Contra Pedro Burruezo, por homicidio. Defensor señor Moreno y procurador señor González Sanz.

Día 17.—Contra Andrés Martínez, por rapto. Defensor señor Baró y procurador señor Frutos.

Días 19 y 20.—Contra Nicolás Cam-

pillo, por homicidio. Defensor señor Baró y procurador señor González Sanz.

Día 22.—Contra Asensio Egea y otro, por robo. Defensor señor Maza y procurador señor Navarro.

Día 23.—Contra José María López, por homicidio. Defensor señor Ramos y procurador señor Valero.

Día 24.—Contra Pedro Sánchez Ibañez, por rapto. Defensor señor Martínez y procurador señor González Sanz.

Día 25.—Contra José Gil y otro, por tentativa de robo.—Defensor señor Alcazar y procurador señor González Sanz.

XLVIII

Sir John Gotob, caviloso por el viento del alambre, embalgaba á lo largo de un sendero, que costea el Bédar, cuando vió caminando lentamente á través del arbolado, al individuo que menos hubiera querido ver.

—¿Que me condena,—dijo con énfasis supremo—si esto no pasa ya de raya!

Levantose sobre los estrados.

—¡Eh!—gritó.—¿Usted aquí?

El Ángel se volvió contentado.

—¡Basta usted de aquí!—rogió Sir John Gotob.